

¿Qué hay detrás del conflicto chileno-argentino?

por Claudia SANCHEZ

En el transcurso de las últimas semanas, el conflicto entre las dictaduras militares de Chile y Argentina por el control político-militar del estratégico Canal de Beagle se ha recrudecido: Argentina ha movilizado una gran parte de sus tropas hacia la zona fronteriza con el vecino país, ha realizado ejercicios de oscurecimiento en los principales centros urbanos e industriales con el fin de preparar a la población ante un eventual ataque aéreo enemigo y llamó a 15 mil reservistas para engrosar las filas del Ejército; por su parte, el gobierno chileno ha desplazado el grueso de su flota de guerra y grandes cantidades de pertrechos militares hacia la zona del conflicto. Todo esto ha sido acompañado por belicosas declaraciones y una desentrenada compra de armamentos en el exterior por parte de ambos regímenes.

Las disputas que hoy sostienen ambos gobiernos, enmarcadas como problemas que implican la integridad territorial y, sobre todo, la delimitación precisa de los mares patrimoniales de los respectivos países, en el fondo conllevan profundos intereses que pasan por la búsqueda de satisfacciones económicas y la participación directa en la estructura geopolítica de la región. En efecto, Chile y Argentina tienen en el plano económico un problema común: su producción de petróleo les resulta insuficiente para satisfacer la demanda interna y desarrollar adecuadamente el proceso de superespecialización industrial que el gobierno de Washington ha trazado para la región.

Las recientes prospecciones geológicas realizadas por compañías petroleras transnacionales radicadas en Chile, han dado cuenta de la existencia de grandes yacimientos petrolíferos en la zona del Canal de Beagle, cuyo control también implica el control de una vasta región de la Antártida. La importancia de la Antártida ha sido puesta de manifiesto por varios estudios geofísicos, que le han conferido a esta zona reservas importantes desde el punto de vista económico. Bajo la espesa capa de hielo, se estima que, en una superficie de un millón de kilómetros cuadrados, existen yacimientos importantes de carbón que representan el 11 por ciento de las reser-

vas actuales a nivel mundial. Esta región sería rica también en petróleo y gas, contiene depósitos de uranio, titanio y cromo, además de abundantes reservas de plancton, que se encuentra en la mira del capital japonés para llevar a cabo su procesamiento en gran escala. Estas riquezas naturales no explotadas han hecho de la Antártida una zona muy codiciada por Chile, Argentina y ciertas compañías transnacionales, que verían con buenos ojos un conflicto entre ambas naciones con tal de apoderarse del potencial económico de la región.

Por lo tanto, la relación entre el Canal de Beagle y la Antártida está dada fundamentalmente por delimitaciones geográficas que conllevan ventajas económicas. Sin embargo, al reconocerle a Chile la soberanía de las islas Lenox, Picton y Nueva, más las que se encuentran al sur del Canal, el fallo arbitral de la Corte Británica corta la continuidad geográfica de Argentina, impidiéndole tener pretensiones de posesionarse del territorio antártico, hecho inaceptable para el gobierno militar de Buenos Aires ya que, desde la posición privilegiada de controlar los estrechos de Magallanes, Drake y el Canal de Beagle, Chile podría jugar con mejores cartas para reclamar un espacio sustancial en el continente helado, si bien es cierto que, para ello, tendría que esperar hasta 1991, de acuerdo a un tratado suscrito en 1959 al respecto.

Por otra parte, el conflicto del Beagle está inmerso en los intereses geopolíticos de Augusto Pinochet, ya que el control de las islas mencionadas implica para Chile una salida al Océano Atlántico, a pesar de lo estipulado en el Tratado de Límites suscrito por ambos países en 1893. En efecto, el Tratado aclara que "la soberanía de cada Estado sobre el litoral respectivo es absoluta, de tal suerte que Chile no puede pretender punto alguno hacia el Atlántico, como la República Argentina no puede pretenderlo hacia el Pacífico". Las pretensiones de la dictadura militar de convertir a Chile en un país atlántico están íntimamente ligadas a su deseo de participar en el proyecto militar de crear la Organización del Tratado del Atlántico Sur (OTAS), lo que le permitiría una relación más estrecha no sólo con los regímenes militares del Cono Sur, sino también con el gobierno racista de Pretoria, y un lugar destacado en la estrategia del imperia-

lismo norteamericano. Sin embargo, aunque los intereses geopolíticos de los gobiernos dictatoriales chileno y argentino no son disímiles en cuanto a la OTAS, Argentina se opondría terminantemente a justificar la presencia de Chile en la eventual creación de la Organización del Tratado del Atlántico Sur, a partir de permitirle convertirse en un país atlántico a costa del sacrificio que implica la renuncia argentina al potencial económico de la Antártida.

A pesar de las diversas rondas de negociaciones entre ambos países para solucionar el conflicto a través de los canales jurídicos, aún subsisten las diferencias de fondo. La parte chilena sigue considerando de validez absoluta el veredicto judicial de la Corte Británica que reconoció la soberanía chilena sobre las islas Picton, Lenox y Nueva. Lo que busca Chile es negociar las nuevas demarcaciones marítimas que este dictamen plantea. En cambio, Argentina no reconociendo validez al fallo británico busca una solución directa sin intermediarios de los mismos diferendos fronterizos que habían sido puestos a resolución judicial. Chile tiene recursos jurídicos para apelar en sus planteamientos y desea llevar el caso a la Corte Internacional de La Haya, Argentina bloquea las salidas jurídicas, impone las negociaciones directas y amenaza con la guerra.

Las constantes maniobras navales argentinas en las aguas cercanas al Canal de Beagle y en la Antártida han provocado en respuesta la movilización de la armada chilena. Sin embargo, hasta hoy la presencia de naves de guerra en la zona en disputa no ha ido más allá de tratar de intimidar al adversario. Tampoco hay que descartar que el clima bélico creado en torno al conflicto esté siendo utilizado por ambas dictaduras para desviar la atención de dos pueblos hermanos que luchan contra la barbarie militarista, si bien es cierto que los intereses económicos pesan demasiado en la decisión argentina de no abandonar sus pretensiones en el Canal de Beagle y la Antártida.

La eventualidad de un conflicto de mayores proporciones se presenta hoy lejana, y la tensión en la zona no deberá ir más allá, por lo menos a corto plazo, de escaramuzas navales y maniobras políticas mediante las cuales ambas dictaduras buscarán reunir condiciones para negociar en mejor posición. Sin embargo, mientras el Beagle sea un botín que se disputan los militares y los capitalistas de ambos países, no habrá solución definitiva al problema.